



GUERRA Y MISTIFICACIÓN. A PROPÓSITO DE LA REEDICIÓN DE *RUSIA FRENTE A UCRANIA: IMPERIOS, PUEBLOS, ENERGÍA*, DE CARLOS TAIBO

WAR AND MYSTIFICATION. REGARDING THE REISSUE OF *RUSSIA AGAINST UKRAINE: EMPIRES, PEOPLES, ENERGY*, BY CARLOS TAIBO

Roberto Pradas Sánchez-Arévalo¹

1 - Profesor de Instituto de Enseñanza Secundaria

1. Email: pradassanchezarevalo@gmail.com

Recibido: 29/09/2022 Aceptado: 15/01/2023

Cómo Citar: Pradas Sánchez-Arévalo, R. (2023). Guerra y mistificación. : A propósito de la reedición de Rusia frente a Ucrania: Imperios, pueblos, energía, de Carlos Taibo . Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social, 5(12), 43-60. <https://doi.org/10.51528/dk.vol5.id88>

Resumen:

Rusia y Ucrania han compartido algunas características en sus vidas políticas antes de la invasión rusa de este último Estado que, sin embargo, no se han incorporado por igual a los relatos periodísticos y políticos que se difunden en nuestra sociedad desde el comienzo de la guerra. Por este motivo, y en tanto que la tendencia dominante en los medios ha sido la sustitución con toda normalidad de los análisis por la información superficial o meramente fáctica, la mayoría de la población se encuentran con un desigual retrato de ambos Estados al intentar entender el pasado reciente de los principales agentes políticos del conflicto. Partiendo de las aportaciones de Carlos Taibo es posible hacer una reflexión sobre la confusión entre el mito y la realidad que rodea la descripción de los protagonistas políticos implicados en la actual guerra de Ucrania. Tomando sus aportaciones, y recurriendo a distintos medios de prensa, podemos concluir que, estando la información disponible, esta no se incorpora a los relatos periodísticos con más difusión. Las omisiones, infravaloración o sobrevaloración de los hechos en base a mixtificaciones maniqueas o, al menos, ingenuas están teniendo más utilidad para la conveniente invocación a la unidad de pensamiento que para la reflexión y el debate públicos.

Palabras clave: Carlos Taibo, Putin, Ucrania, ultraderecha, Zelenski.

Abstract:

Russia and Ukraine have shared some characteristics in their political lives before the Russian invasion of the latter state, which, however, have not been equally incorporated into the journalistic and political accounts that have spread in our society since the beginning of the war. For this reason, and while the dominant trend in the media has been the normal substitution of analysis for superficial or merely factual information, the majority of the population finds themselves with an unequal portrait of both States when trying to understand the recent past of the main political agents of the conflict. Starting from the contributions of Carlos Taibo, it is possible to reflect on the confusion between myth and reality that surrounds the description of the political protagonists involved in the current war in Ukraine. Taking their contributions, and resorting to different press media, we can conclude that, while the information is available, it is not incorporated into the most widely disseminated journalistic stories. The omissions, undervaluation or overvaluation of the facts based on Manichean or, at least, naive mystifications are having more utility for the convenient invocation of unity of thought than for public reflection and debate.

Keywords: Carlos Taibo, Putin, Ukraine, far right, Zelensky.

Los historiadores Fernando Hernández Sánchez y Julián Vadillo, expertos ellos mismos en Rusia, indicaron recientemente que, en España, “podemos contar con los dedos de las manos” a los conocedores de Rusia y Ucrania. Entre ellos, destacaban a Carlos Taibo, quien ha dedicado gran parte de sus estudios al “espacio postsoviético” (Hernández y Vadillo, 2022).

Tomando las aportaciones de este autor es posible hacer una reflexión sobre la confusión entre mito y realidad que rodea la información sobre la invasión rusa de Ucrania. Y, precisamente, de entre los muchos ensayos de Taibo, acaba de reeditarse su libro *Rusia frente a Ucrania: Imperios, pueblos, energía*. En estos momentos, si deseamos informarnos sin ser arrastrados por la corriente, sus trabajos, al margen de la tendencia dominante, y en tanto que la información superficial viene sustituyendo a los análisis con toda normalidad, resultan necesarios.

Taibo, en este trabajo, se declara tan alejado del “cuento de hadas en virtud del cual Estados Unidos y la Unión Europea habrían acudido [...] de forma desinteresada, a rescatar” a Ucrania, visión transmitida “por el grueso de nuestros medios”, como de “las querencias de determinados sectores de la izquierda que aprecian” en Vladimir Putin “una suerte de Che Guevara [...] en abierto olvido” de su sistema, “marcado por el peso infame de los oligarcas, por el despliegue de un genocidio en toda regla en Chechenia y por formas variadas de represión que algunos de nuestros gobernantes parecen decididos a imitar”. Taibo, por el contrario, ha encontrado la inspiración a la hora “de contestar los dos discursos” citados, en “muchos de los textos de los anarquistas

ucranianos”, que tienen la virtud “de no casarse con nadie” (Taibo, 2022, pp. 9-10).

Desgraciadamente, son demasiados los que, en beneficio de una idolatrada unanimidad, y buscando quizá la uniformidad acrítica, asumen con naturalidad la caza de brujas contra el discípulo cuando los estudios de este resultan incómodos; como si, en este caso, el discrepante solo pudiera ser asimilado, y entendida su misma existencia, como un producto de Vladimir Putin. En este sentido, resulta paradójico que el dirigente ruso opine de idéntica forma ante los críticos que le hacen frente en su país. Pues, como señala Taibo, en la Rusia de Putin encontramos “unos medios de comunicación que reflejan cómo las libertades de prensa y expresión se hallan sometidas a restricciones cada vez mayores”. Aun así, existe una oposición que de acuerdo con Taibo (2022):

ha asumido una crítica de la corrupción, de la manipulación mediática, del monolitismo político y de los fraudes electorales. La respuesta oficial más común ha tendido a subrayar los vínculos, innegables, que muchos de los circuitos de esta oposición han mantenido con grupos de presión extranjeros, en el marco de un discurso que prefería esquivar, claro, la consideración de los numerosos problemas internos que arrastra el país. La represión ejercida sobre la oposición que nos ocupa, [...] sólo puede explicarse en virtud de lo que a buen seguro es un temor cerril a que prospere en Rusia una revolución naranja como la registrada en Ucrania en 2004.

En tales circunstancias, difícilmente la población rusa podrá disponer de una información plural suficiente para poder discernir críticamente la realidad en la que se les ha implicado. Pero también en nuestra sociedad,



incluso accediendo a todos los datos disponibles, la torpe intolerancia al disentimiento frente a la interpretación hegemónica, la falta de esta o la exposición selectiva de datos, podría producir una imagen de Rusia y de Ucrania que, más allá de la obvia invasión, solo sea la sombra que las simplificaciones, y las simplicidades, nos trasladan; por ello, se hace necesaria la correspondiente desmitificación crítica si queremos desvelar el contexto que le da sentido a los hechos.

En el caso de Putin, y como resultado de los diferentes imaginarios que se tienen sobre él, o que él mismo promueve, este se nos representa con etiquetas tan variadas como la de “comunista”. Y ello, a pesar de tener opositores como Mikhail Matveev, del Partido Comunista Ruso, quien, de acuerdo con Sousa (2022a), ha afirmado refiriéndose a Putin que:

aparentemente, el partido de guerra decidió que ni siquiera era necesario intentar construir nuevas relaciones entre el liderazgo de Ucrania y estas repúblicas [...], cuando el ejército ruso está estacionado allí, que funciona como un escudo y garantiza que no habrá ataques a las ciudades [del Donbás].

En este sentido, Hernández y Vadillo (2022), sobre este tema, sostienen que:

presentar al jefe del Kremlin como un comunista que quiere recuperar el pasado de la URSS y que extiende sus tentáculos [...] por todo occidente [...] haciéndose valer de elementos de la izquierda [...] [es] una visión que ha salido desde los sectores conservadores y de la ultraderecha, que de esa manera han intentado ubicar su propia posición. Sin embargo, [...] Putin pertenece a un partido ultranacionalista y conservador que se

llama Rusia Unida [...]. La llegada al poder de Putin se produjo tras una apuesta clara por parte de los sectores adinerados rusos, de una oligarquía que nació al calor de la desintegración de la URSS y que se enriqueció en medio de un sistema de corruptelas.

Este ascenso, desde luego, ha sido idealizado, pero los “mitos que rodean” a Putin, sostiene Taibo (2022, pp. 22-25), nos indican lo opuesto de lo logrado por éste, quien, pese a la imagen que proyecta de sí mismo:

no ha plantado cara a unos oligarcas que en los hechos siguen definiendo la mayoría de las reglas del juego en Rusia, no ha resuelto los ingentes problemas económicos y sociales que marcan de forma indeleble la vida cotidiana de muchos de sus compatriotas y, en fin, tampoco parece que haya recuperado una influencia incontestable en el escenario internacional.

En realidad, y según Taibo (2022), lo que sí ha conseguido Putin es asegurar la “vertical del poder” en una “democracia de bajísima intensidad”. Putin, y por extensión tal “democracia”, fue aplaudido y mostrado como modelo por quienes ahora quieren distanciarse de él tachándolo de “comunista”. Hernández y Vadillo (2022), con toda pertinencia, señalan que:

Viktor Orbán, Marie Le Pen o la ultraderecha española son las que han jaleado a Putin, y el presidente ruso les ha dado todo su apoyo por dos razones. Una está anclada en ese antieuropeísmo de Putin. Pero otra es porque ideológicamente son iguales en su concepto del ultranacionalismo excluyente.

Seguramente por esto, y remitiéndonos a Albert (2022b), en el Parlamento Europeo, “el grueso de los apoyos de Putin se encuentra en el

grupo parlamentario europeo de Identidad y Democracia (ID), uno de los eurogrupos de extrema derecha” en el que encontramos formaciones como La Liga, Agrupación Nacional o Alternativa para Alemania”. Matteo Salvini mostró su interés en “formar una alianza conservadora” con Putin y este ha financiado a la Liga. A su vez, la Agrupación Nacional (RN) de Marine Le Pen “ha sido investigada por la financiación rusa. En Francia, también Eric Zemmour, ha dicho “que sueña con un ‘Putin francés” y que el presidente ruso es “la última resistencia al huracán políticamente correcto que, partiendo de América, está destruyendo todas las estructuras tradicionales, la familia, la religión, la patria”. Por su parte, según Albert (2022b), Víctor Orbán:

ha desarrollado desde que llegó al poder en su país una ‘revolución conservadora’ que copia punto por punto los mecanismos de control que Putin ha creado en Rusia para, aunque parezca que es una democracia, se considere un autoritarismo competitivo o democracia iliberal.

En España, Javier Hurtado, al que “se le ha visto en actos de Vox”, “ha defendido durante años al régimen de Putin [...] y ha mantenido estrechos lazos con las juventudes de su partido”, fue nombrado para un cargo en el PP de Madrid. Hurtado ha defendido que la “democracia rusa” es una democracia que ha “evolucionado” y ha publicado mensajes deseando más líderes “descarados como Orbán” o “Más política, menos corrección”, añadiendo, en lo que parece una apelación a la “guerra de civilizaciones”, un llamamiento imperativo: “Arriesga, defiende tu civilización, nuestra civilización”. El mismo Martens Centre del Partido Popular Europeo

“señala cómo los simpatizantes de la extrema derecha europea ven a Putin como un modelo de presidente fuerte, conservador, que defiende ‘los valores tradicionales’ en oposición a un occidente ‘decadente” (elDiario.es, 2022). También en nuestro Estado, Citizen Go, una “plataforma internacional” del grupo El Yunque, vinculado con Hazte Oír, tiene entre sus patronos a Alexey Komov, “representante de la oligarquía conservadora rusa” que respalda a Putin. Hay que subrayar que Hazte Oír “fue la organización que con más fuerza promocionó a Vox durante el período 2014-2019”. Ahora, Vox estaría buscando “cambiar el relato, dibujar a Putin como un dictador comunista” (Albert, 2022b).

Esta colaboración y la utilización de Putin de grupos neonazis, o su complacencia con ellos, no le ha impedido usar al famoso “Batallón” Azov ucraniano como “parte de la excusa [...] para iniciar la invasión” bajo “la idea de ‘la desnazificación’ de Ucrania” (Fernández, 2022). Pero la supuesta motivación “desnazificadora” cae por su peso porque Putin, como indican Hermández y Vadillo (2022), no es ni mucho menos un “antifascista”:

no solo por los periodistas y críticos que han muerto en extrañas circunstancias, sino porque la persecución contra los antifascistas rusos ha sido denunciada por sus organizaciones. [...] No hay que olvidar tampoco la política de exclusión homófoba que el régimen de Putin ha impuesto. [Por esto,] esa excusa suena tan convincente como la que Bush y el trío de las Azores se inventaron para invadir Irak en 2003 con esas inexistentes armas de destrucción masiva.

El monopolio nacionalista al que aspira Putin, lo ha llevado, según BBC News (2022), a:



fomentar grupos neonazis y de extrema derecha [...]. Robert Horvath, [...] dice que el Kremlin tiene vínculos con Russkii Obraz, un grupo neonazi que ha acudido a frecuentes debates televisados en medios altamente controlados por el gobierno. [...] Algunos de estos radicales han adquirido experiencia de combate” en el Donbás.

Es más, según (Juste, 2022), “el propio gobierno de Putin tiene elementos ultraderechistas” y:

se apoya en dos partidos de este signo, como son Rodina y el Partido Liberal-Conservador, sino que mantiene acuerdos y contactos con varios partidos políticos de extrema derecha europeos, como [...] el Partido de la Libertad (Austria). Además, el escritor Aleksandr Duguin, [...] referente de buena parte de la derecha radical [...], fue asesor del gobierno de Putin. [...] En general, hay consenso en que las ideas de Duguin se enmarcan en el neofascismo y en la extrema derecha [...]. El propio Duguin declaró en 2014 que el conflicto con Ucrania era una oportunidad de crear la ‘Gran Rusia’.

Ciertamente, según (Juste, 2022), “la mayoría de los grupos de extrema derecha rusos apoyan a las repúblicas” del Donbás:

pero también hay otros que apoyan el ‘Euromaidán’, lo “que ha provocado momentos tensos en algunas organizaciones hasta el punto de escindirse o desaparecer, como pasó con Democracia Nacional [...]; o el grupo el Movimiento Contra la Inmigración ilegal’ DPNI y los neonazis de la Unión Eslava de Demuixkin, que siguen divididos. [...] Grupos de extrema derecha rusos [...] han enviado apoyos [al Donbás como] las Juventudes Euroasiáticas de Duguin (la organización juvenil del Partido de Eurasia), el Movimiento Imperial Ruso, Sputnik y Progrom, Centuria Negra, Unidad Nacional

Rusa [...] y Milicias de Minin y Pozharski”, mientras que “unos pocos grupos de extrema derecha rusos han permanecido del lado del ‘Euromaidán’, como Rrestrukt, que se considera cercano a Sector Derecho [un grupo ucraniano de extrema derecha].

Para Carlos Taibo (2022, pp. 19-20), Putin ha procurado patrimonializar el nacionalismo ruso, en todas sus variantes y en todos sus extremos y gradaciones, en un Estado donde:

entre las mercancías ideológicas que despuntan destaca por encima de cualesquiera otras [...] el nacionalismo —de Estado— ruso. Pareciera como si en los hechos todas las fuerzas políticas, y con ellas, y en lugar prominente, la Iglesia ortodoxa, abrazasen esa mercancía. Esta circunstancia está en el origen, por cierto, de la deriva de uno de los partidos, el Liberal Democrático, que mayor peso han alcanzado en Rusia en los últimos veinte años. El partido de Vladímir Zhirinovski, de corte nacionalista agresivo y, en su caso, parafascista, fue la fuerza política más votada en las elecciones generales celebradas a finales de 1993. Acaso la explicación mayor de ese éxito la aportaba el hecho de que, en aquel momento, era la única opción política que defendía con claridad una propuesta orgullosamente nacionalista. Como quiera que, después, esta última se ha extendido por todo el abanico partidario, y marca hoy la deriva de fuerzas como el partido putiniano, Rusia Unida, o el propio Partido Comunista, el atractivo electoral de los liberal-demócratas se difuminó visiblemente.

Desde luego, en ambos Estados encontramos una activa colaboración neofascista con el poder. Como señala Taibo (2022, p. 121), “hay que concluir que nazis parece haber en los dos bandos enfrentados”. Y en ambos casos la mitificación de la memoria histórica ha jugado un papel

fundamental para edificar sus respectivos nacionalismos filofascistas. Lo que, una vez más, pone de manifiesto la importancia vital que tiene para estos grupos apropiarse de la historia e imponer su relato histórico y los descorazonadores efectos que tiene en la movilización de la rabia social y las descarnadas consecuencias que todo esto provoca en sus víctimas. En este sentido, Éric Aunoble (2022), ha percibido como, “desde el colapso de la Unión Soviética, Rusia y Ucrania han forjado narrativas históricas antagónicas” que “han alimentado una disputa que Moscú utiliza ahora para justificar su agresión”. En Ucrania, además, “lejos de unificar el país, la ‘narrativa nacional’ lo ha fracturado”. En 2021, según Aunoble (2022) Putin “expuso su visión de la historia” por la que:

los países occidentales (...) apoyaron el golpe de Estado llevado a cabo por grupos nacionalistas radicales, dando a Ucrania ‘una orientación constante hacia la separación de Rusia’. Siguiendo así los pasos del discurso imperial ruso, [...] Putin [...], en lugar de contextualizar el pasado en su historicidad, ofrece siempre una lectura retrospectiva de los hechos.

En relación con ello, Taibo (2022, p. 58) apunta que:

de siempre se ha discutido si la Rus de Kiev — la actual capital ucraniana— puede considerarse el origen de la propia Rusia —argumento acariciado por la historiografía ruso-soviética—, [...] o si, por el contrario, remite a una realidad específica desconectada de la de Rusia —argumento comúnmente esgrimido por la historiografía ucraniana.

La claudicación historiográfica ante las memorias nacionalistas ha tenido la función

indudable de legitimar las políticas del presente, pero, quizá, estas tengan más claroscuros de los que nos llegan. Lo cierto es que, en el caso de Ucrania y como apunta Taibo (2022, 70-87), “todos, naranjas y azules, se pronunciaron a favor de la incorporación de Ucrania a la UE. Aunque los naranjas han hecho valer posiciones más próximas a la Unión” y:

pese a su rechazo de la Alianza Atlántica, los azules, por su parte, tampoco han roto claramente los vínculos con ésta. [...] Muchos ciudadanos ucranianos [...] no aprecian mayor problema en buscar la integración en la UE y mantener al tiempo vínculos muy estrechos con el mundo ruso. [...] Por detrás de toda esta trama acaso se barruntaban los intereses de los oligarcas ucranianos, decididos a no romper amarras con dos grandes polos de negocio: Bruselas y Moscú. [...] [Sin embargo,] pocos días antes de la fecha prevista, el presidente ucraniano, Yanukóvich, anunció [...] que su país no [...] [firmaría el] acuerdo, que contemplaba también el establecimiento de una zona de libre comercio. A esta decisión no eran ajenas ni las demandas de liberación de Yuliya Timoshenko promovidas por la UE ni las presiones rusas. Estas últimas, vinculadas las más de las veces con la amenaza de eventuales subidas en los precios del gas si el acuerdo con la UE se ultimaba, provocaron del lado de Yanukóvich una solicitud de ayuda económica encaminada a que Bruselas compensase las pérdidas que al respecto podían derivarse para Ucrania.

Como es sabido, la UE nunca se ha comprometido a amparar económicamente a Ucrania ante su hipotética independizaba económica de Rusia, como es conocido también que la dependencia mutua entre la UE y Rusia en el negocio del gas nos han conducido a una



geopolítica de doble moral, pues mientras Putin hizo su guerra en la Chechenia musulmana nadie pareció reconocer en él al supuesto comunista. Es más, Carlos Taibo (2022, p.21) nos recuerda que, en 1999, siendo Putin primer ministro:

alentó una nueva intervención militar [...] [en Chechenia] con el teórico propósito de hacer frente a la amenaza terrorista [...] [y esta] política de fuerza avalada por Putin en Chechenia resultó vital para el asentamiento del proyecto, de ribetes visiblemente autoritarios, de quien inmediatamente se convirtió en presidente ruso. Desde 1999, [...] el ejército ruso opera en Chechenia en la más rotunda impunidad.

Y concluye que, sobre esto, ha existido un “silencio cómplice de la UE y de Estados Unidos”. Tal permisividad entonces favoreció la consolidación de esta “autocracia” que tanto preocupa ahora. No hace tanto, lo habitual era que a la Rusia de Putin se la considerase una “democracia”, sin añadirle adjetivos. En este sentido, ha escrito Boaventura de Sousa Santos (2022b) que:

en el lenguaje de Estados Unidos el mundo se divide en dos: democracias (nosotros) y autocracias (ellos). Hace tan solo unos años la división era entre democracias y dictaduras. Autocracia es un término mucho más vago que puede utilizarse para considerar autócrata a un gobierno democrático percibido como hostil [...]. Por ejemplo, en la cumbre por la democracia celebrada en diciembre de 2021, a iniciativa del presidente Biden, no se invitó a países como Argentina y Bolivia, [...] que son menos receptivos a los intereses económicos y geoestratégicos de Estados Unidos. En contraste, se invitó a tres países que la Casa Blanca reconoció como democracias problemáticas (el término utilizado fue *flawed democracies*), con corrupción endémica y abusos

de los derechos humanos, pero con interés estratégico para Estados Unidos: Filipinas, [...] Pakistán, [...] y Ucrania, por su resistencia a la incursión de Rusia. Las reservas en el caso de Ucrania eran comprensibles, ya que unos meses antes los papeles de Pandora habían dado detalles sobre las sociedades offshore del presidente Zelenski, de su esposa y sus asociados. Ahora, Ucrania representa la lucha de la democracia contra la autocracia rusa (que, a escala nacional, debe estar a la par con Ucrania en términos de corrupción y abusos de los derechos humanos).

Ciertamente, Ucrania no parecía ser una “democracia” ideal hasta que se produjo la denominada “revolución naranja”. En este sentido, para Taibo (2022, pp. 70-89):

en modo alguno era evidente que el elemento principal motivador de esas protestas fuese el fracaso de las negociaciones con la UE. [...] A la postre, en la articulación de las protestas mayor relieve correspondía, sin duda, al designio de rechazar las políticas, y la corrupción, imperantes en la Ucrania de Yanukóvich [...] [Sin embargo,] no parece que [...] la revolución naranja se saldase con cambios mayores en las reglas del juego. Algo de lo anterior se explica acaso porque los dos bandos enfrentados a partir de 2004 contaban en sus filas con oligarcas significados. [...] Ciertamente es, aun así, que el peso mayor de los oligarcas recae sobre las regiones más orientales del país [...] [más relacionados con el Partido de las Regiones. Pero, en general,] los oligarcas controlan de manera visible la vida parlamentaria —hay quien ha hablado de un ‘Parlamento monetizado’ en el que se darían cita grandes fortunas en busca, fundamentalmente, de influencia y de inmunidad—, al tiempo que mantienen una estrecha relación, y una comunidad de intereses, con la elite política.

Así, continuando con Taibo (2022, pp. 70-89), de los 450 diputados elegidos en 2006, 300 eran ricos. Quizá por esto, tampoco parece “que la liberalización derivada de la revolución naranja de 2004 resolviese ninguno de los problemas del país, y ello pese al crecimiento operado [...] en el PIB en los años inmediatamente posteriores. En el Donbás, por ejemplo, escribe Argemino Barro (2019):

el habitante medio de la región vive 60 años, cuatro menos que en 1991. Una edad bastante corta incluso para los estándares regionales. [...] Es comprensible que muchas personas [...] se sientan [...] abandonadas. El presidente que ellos eligieron, Víktor Yanukóvich, se escapó a Rusia, y no se reconocen en la Ucrania del centro y el oeste. Lo que en la inmensa mayoría del país, según las encuestas, se ve como una revolución, en Donétsk se percibe un golpe de Estado.

El propio Volodímir Zelenski “era una estrella televisiva” cuyo éxito “no hubiera sido posible sin la figura de Ihor Kolomoisky [...], antiguo dueño del mayor banco ucraniano, PrivatBank y, sobre todo, dueño del canal de televisión 1+1”, quien “no dudó en financiar y emitir” en su canal la campaña electoral de Zelenski (rtve, 2022b). A Kolomoisky lo sancionó EE. UU. en 2021, tras una investigación del Departamento de Justicia “por acusaciones de malversación y fraude” (Lister, 2022). Siguiendo la información de rtve (2022b), el oligarca terminó huyendo de Ucrania tras ser “acusado por malversar 2 mil millones de dólares”, aunque, aparentemente, nada le ha impedido seguir dirigiendo sus negocios en Ucrania. Por ello, resulta muy reveladora su declaración en una entrevista en la que dijo que “la televisión es el cuarto poder, tener un canal de televisión es mejor

que tener el Parlamento”, algo que tampoco le ha privado de participar directamente en la política como gobernador de Dnipropetrovsk.

La relación entre Zelenski y Kolomoisky, de acuerdo con rtve (2022b), exhibe “una cercanía problemática ya que”, el primero, construyó su popularidad prometiendo ‘quebrar el sistema’ de corrupción y de influencia entre el mundo de los negocios y el político que gangrena la vida pública desde la independencia de la URSS en 1991”. Sin embargo, “durante la campaña de 2019 se especuló que Zelenski era un títere de Kolomoisky y algunos críticos al gobierno consideran que la presidencia de Ucrania es bicéfala, donde uno es la cara visible y el otro el cerebro”. Esta “cercanía” se ha tornado inquietante, máxime cuando Kolomoisky también ha ayudado a financiar “grupos militares privados que se enfrentaron a los rusos” en el Donbás, de acuerdo con la información de rtve (2022b). Entre estos, Kolomoisky, ucraniano “con pasaportes chipriota e israelí” y “propietario de la red eléctrica del país” (Público, 2022), financió, junto al oligarca Serhiy Taruta, gobernador “multimillonario de la región de Donetsk”, al polémico “Batallón Azov”, uno de los grupos que “se comprometieron con ideales xenófobos y neonazis y agredieron físicamente a los inmigrantes, la comunidad gitana y las personas que se oponían a sus puntos de vista” (Al Jazeera, 2022).

Según el diario Público (2022), este “batallón”:

socio del Frente Nacional Identitario español, una organización ligada a grupos ultraderechistas y nazis europeos, [...] participó junto a miembros del partido Pravy Sektor (Sector Derecho) en la terrible matanza perpetrada el 2 de mayo de 2014, durante el asalto a la Casa de los Sindicatos de Odessa, y que también participa en matanzas de



población civil y atentados que se suceden [en el Donbás].

En esta línea Lister (2022) asegura que “sus miembros se declaran abiertamente nazis, ultranacionalistas, homófobos y xenófobos [...] Lucen esvásticas e insignias de las SS, aunque su símbolo fetiche es el Wolfsangel”. El “batallón Azov” también “es conocido por haber llevado a cabo algunos actos salvajes, como la quema de una persona viva en 2015”. Este, es un grupo “armado por el Estado” y creado por Andriy Biletsky, “quien anteriormente dirigió el grupo de derecha radical Patriotas de Ucrania”. Es significativo ese “anteriormente” que se desliza en la noticia pues desvincula en la actualidad a los dos grupos cuando, para otros, “el origen del Batallón Azov está en Patriotas de Ucrania, una organización ultraderechista” que más tarde se unió a la Asamblea Social Nacionalista (SNA), movimiento que “derivó del Partido Nacional Socialista de Ucrania (SNPU) e integró a ‘miembros de grupos nacionalistas de extrema derecha’ que promovían ‘una ideología neonazi’” (rtve, 2022a).

Finalmente, el Partido Social-Nacional de Ucrania cambió su imagen y su nombre por Svoboda (Libertad). A pesar de estos cambios de imagen, se ha demostrado que, como en el caso de los neonazis rusos amparados por Putin, el neonazismo ucraniano se ha convertido en un:

punto de referencia del neonazismo internacional, convirtiendo a Ucrania en un centro de entrenamiento de grupos neonazis de todo el mundo, desde Estados Unidos hasta Nueva Zelanda [...]. Todo esto con el objetivo de organizar una coalición de extrema derecha y tomar el poder en Europa. Así lo asegura, [...] Olena Semenyaka, cabeza de la gestión de los

contactos internacionales del Batallón Azov para la revista TIME. [...] Según el experto Ali Soufan, que denunció al Batallón Azov en el Congreso de EE. UU., hasta 17.000 combatientes internacionales habrían visitado Ucrania para entrenarse con dicho grupo de diferentes países del mundo, incluyendo Estados Unidos, España, Bélgica, Alemania o Nueva Zelanda. [...] Estos contactos se desarrollan desde la Asociación Patriótica Volya, creada en 2014, que a su vez mantiene relaciones con Hogar Social Madrid, Frente Identitario o la Falange, partidos de extrema derecha españoles. [...] En su carta al Departamento de Estado en 2019, los legisladores estadounidenses señalaron que ‘el vínculo entre Azov y los actos terroristas en Estados Unidos es claro’ (Albert, 2022).

También en el Donbás, “el prorruso” Pavel Gubarev, entrenado por el “grupo paramilitar neonazi” Unidad Nacional Rusa, se autoproclamó “gobernador popular” con el apoyo de neonazis y ultraderechistas (Barro, 2019). Por otro lado, en 2017, en la Rusia de Putin el Russian Imperial Movement (RIM) mantuvo “contactos con el Partido Tradicionalista Obrero de EE. UU.. En este sentido, a Ucrania llegaron grupos de ultraderecha extranjeros para apoyar a las repúblicas del Donbass, como es el caso de Acción Serbia, así como un buen número de voluntarios procedentes de Polonia, Hungría o Bulgaria” (Juste, 2022). En 2020, el RIM se convirtió en “el primer grupo supremacista blanco en ser categorizado como ‘terroristas globales especialmente designados’ por el Departamento de Estado de EE. UU.”. También, actuando en el Donbás, “el contratista de seguridad” ruso Wagner Group “tiene un historial de portar insignias nazis” (Lister, 2022).

Hablando del caso de Ucrania, Carlos Taibo

(2022, pp. 89-90) considera que “aunque se ha exagerado el papel desempeñado por esos grupos de la derecha extrema, lo cierto es que la propia UE defendió formas de encaramiento de las tensiones que en modo alguno suponían su marginación”. Tampoco la información que hemos recibido ha tendido a denunciarlos y, en particular, la ofrecida sobre el grupo Azov es un ejemplo de modulación según las coyunturas políticas, mientras que la censura de los medios “rusófilos” ha sido taxativa. Así, en 2016, de acuerdo con Al Jazeera (2022), Facebook calificó al Azov como una “organización peligrosa” y se anunció que “fue expulsado de sus plataformas en 2019. El grupo se colocó bajo la designación de Nivel 1 de Facebook, que incluye grupos como el Ku Klux Klan e ISIL (ISIS)”. Pero, “el día en que Rusia lanzó su invasión, Facebook revocó su prohibición y dijo que permitiría alabar a Azov” como “excepción”, y “estrictamente en el contexto de la defensa de Ucrania, o en su papel como parte de la guardia nacional de Ucrania”. Respecto a esto, el sitio web Intercept ironizó que:

si bien los usuarios de Facebook ahora pueden elogiar cualquier acción futura en el campo de batalla de los soldados de Azov contra Rusia, la nueva política señala que 'cualquier elogio de la violencia' cometida por el grupo aún está prohibido; no está claro qué tipo de guerra no violenta prevé la compañía.

Lo cierto es que, según Molinero (2020), “a pesar de los intentos de sacarlo de la plataforma” en 2019, un año después el Azov continuaba “utilizando Facebook para reclutar nuevos miembros, organizar la violencia y difundir su ideología de extrema derecha en todo el mundo”, y Facebook continuaba “beneficiándose de los anuncios colocados por la organización de

extrema derecha” que, solo aquel año abrió, “al menos una docena de nuevas páginas de Facebook. [...] Muchos de los anuncios pedían protestas callejeras contra el gobierno ucraniano” y Matthew Schaaf, de la organización de derechos humanos Freedom House, ha denunciado:

que la capacidad del movimiento Azov para movilizar a la gente a través de las redes sociales representa una amenaza para la sociedad. [...] ‘han utilizado la violencia contra los grupos vulnerables de la sociedad ucraniana y han amenazado a los funcionarios públicos, y las redes sociales han servido como una herramienta importante para organizar estas acciones y compartir sus resultados [...]. Muchos de estos ataques van acompañados de publicaciones propagandísticas antes y después en las redes sociales.’

En la misma línea, rtve (2022a) señala que:

el tratamiento de la prensa internacional a esta unidad [...] ha variado desde su creación hasta la actualidad, con medios que han pasado de hablar de un grupo ‘abiertamente neonazi’ a definirlo como de ‘ultraderecha’. La Liga Antidifamación (ADL), una organización que lucha contra el discurso de odio en EE. UU., no duda en definir a este batallón como una unidad ‘con explícitos vínculos neonazis’.

Sin embargo, en 2015, EE. UU. levantó la prohibición, causada “por su carácter neonazi”, de financiarlo. Tuvo que ser la Cámara de Representantes la que, en 2017, aprobara “enmiendas que prohibían el apoyo a Azov, pero el Pentágono supo esquivarlas hasta que, en 2018, el Congreso estadounidense bloqueó la ayuda militar y económica a Azov por su ‘ideología supremacista blanca’” (Morales, 2022). Para entonces, “el grupo ya estaba profesionalizado y entrenado. Esto le permitió seguir creciendo y en



2020 lanzar su nueva organización, Centuria” (Albert, 2022). Ha sido tal la normalización del fascismo que quizá esta haya afectado a los controles informativos. Irene Ruiz y Julio Zamarrón (2022) han señalado que:

en solo dos semanas, hemos visto como El Diario rectificaba una noticia en la que entrevistaba a una activista ucraniana que resultó ser nieta de un criminal de guerra de las Waffen SS-Galitzia, la división ultranacionalista ucraniana que desplegó las políticas nazis en el territorio. El Mundo entrevistaba también a Ivan Vovk, un portavoz de la Asociación Patriótica de Ucranianos en España, cuyas redes sociales le mostraban haciendo el saludo nazi rodeado de parafernalia militar alemana; y Televisión Española entrevistaba a unas mujeres mayores en Jarkov como ‘voluntarias civiles’: lástima que se les colara en plano las banderas con emblemas ultras y nazis del Batallón Azov, el destacamento militar fascista para el que las señoras de bien cosían redes de camuflaje.

Llegados a este punto, de Sousa Santos (2022^a) se pregunta:

¿Por qué el think tank informal de la OTAN, Atlantic Council, a pesar de reconocer en 2018 que Ucrania tenía un problema de extrema derecha, publicó un artículo el 24 de febrero de 2020 titulado ‘Por qué Azov no debería ser designado como una organización terrorista extranjera’?.

Cada vez parece más evidente que no se desea prescindir de los neonazis para defender Ucrania, como, por otro lado, tampoco Putin lo hace con los neonazis rusos. Para Tim Lister (2022), juegan “un papel fundamental en la resistencia de Ucrania”, aunque “sus vínculos neonazis le dan argumentos a Putin”, pues “la existencia de un

elemento identificable como Azov dentro de las fuerzas armadas de Ucrania, y uno bastante efectivo, suscita interrogantes incómodas para el gobierno de Ucrania y sus aliados de Occidente, que continúan enviando armas al país”.

La primera respuesta del Estado ucraniano, y de sus aliados, a estos “interrogantes incómodos” no ha sido marcar las distancias con los neonazis sino minimizar su existencia hasta declararla irrelevante, o individualizar las responsabilidades exonerando a las organizaciones e instituciones, o esgrimir la presencia de judíos en sus filas y en el gobierno como argumento aparentemente incontestable contra las denuncias de antisemitismo. Quizá por ello, Carlos Taibo (2022, p. 120) llama la atención sobre lo que entiende:

que es un manifiesto equivoco: cualquier intento de describir el conflicto de Lugansk y de Donetsk como una colisión entre un proyecto antifascista -el que se revelaría al amparo de las milicias prorrusas- y otro fascista -el que habría ganado peso de la mano de las autoridades ucranianas- parece llamado a desfigurarse, y visiblemente, la realidad. Que formaciones de extrema derecha se hallan bien intrincadas en el aparato del Estado ucraniano, y con él en las fuerzas armadas del país, parece fuera de discusión. En modo alguno dan cuenta, sin embargo, de la condición de todo ese aparato. Pero, más allá de ello, importa subrayar que las fuerzas políticas que encabezan la resistencia en la Ucrania oriental a duras penas pueden describirse como antifascistas. Su proyecto maestro recuerda poderosamente al que postula en Rusia el presidente Putin, esto es, una abstrusa combinación de nacionalismo étnico, valores tradicionales, ortodoxia religiosa y... economía de mercado con oligarcas florecientes.

Desde luego, una posible explicación para el crecimiento de estas unidades puede ser la que ofrece Barro (2019), quien cree que:

dato que eran los únicos que ofrecían este tipo de entrenamiento, muchos jóvenes se unieron a ellos [...]. Como es natural, estos grupos atrajeron la atención de los medios internacionales. Tenían [...] símbolos fascistas, como el wolfsangel. Pero su mayor altavoz fueron los medios de propaganda rusos. [...] Fue sencillo, de cara a la opinión pública extranjera, confundir la parte por el todo.

Barro (2019) afirma que “aquí no hay nada que ocultar, ni que ‘blanquear’”, aunque él mismo reconozca que “un informe de la ONU relaciona a miembros” del Batallón Azov “con ‘saqueos masivos, detenciones ilegales y torturas’”. Frente a esto, sin embargo, se destaca el encuadramiento, en el actualmente regimiento, de judíos, “incluido un rabino ucraniano-israelí, Natan Khazin”, subrayando que estos combatientes insistieron “en que las ideologías no contaban; lo que contaba era luchar por Ucrania”, argumento que, en realidad, sirve tanto para explicar por qué un judío ucraniano lucharía junto a neonazis como para confirmar la existencia de estos. Porque, como confirma Barro (2019), ya no se puede negar que “estos grupos son una realidad y el Gobierno se ha valido de ellos para combatir en el este”. Aunque, para Barro (2019):

pintarlo todo con la brocha de una minoría neonazi resulta espúreo [sic] y perjudicial para la comprensión de un problema complejo”, y además señala que “estos partidos extremistas, incluso en coalición, jamás” han “alcanzado el 1% del voto en las elecciones ucranianas [...]. La extrema derecha en Ucrania tiene un peso mucho menor que en otros países como Francia, Finlandia o [...] España.

Ahora bien, la importancia, tanto de los neonazis ucranianos como de los rusos, debe medirse no solo por su capacidad de movilización, sino también por su influencia, aun siendo una minoría, y de ser útiles a los políticos no nazis provocando un impacto político decisivo. Recordemos que un partido como VOX, sin obtener mayorías, logra imponer políticas a gobiernos con más votos. De la misma forma, denunciarlo, defender que no es incompatible apoyar a un país frente a una invasión imperialista y, a la vez, creer que esto se debe hacer sin el concurso del fascismo no tiene por qué ser en vano. De hecho, Biletsky ha debido atenuar progresivamente “su retórica” neonazi. Desde que declaró, en 2010, “que la misión de la nación ucraniana era ‘liderar a las razas blancas del mundo en una cruzada final... contra los Untermenschen [infrahumanos] dirigidos por los semitas” (Bennetts, 2018), ha pasado a negar en “repetidas veces que sea racista”, aunque aún se le conozca como “el Führer blanco” (Morales, 2022).

El mismo The Times of Israel ha llegado a publicar, sin cuestionarlo mucho, que, siendo “parte de la guardia nacional”, el Azov “afirma públicamente que evita toda ideología nazi”. La cuestión de los judíos que luchan o apoyan a los grupos armados neonazis, o con neonazis, es particularmente sensible a la hora de desacreditar las acusaciones de fascismo, pues, como esgrime Gustavo Morales (2022):

a pesar de las acusaciones de antisemitismo, algunos judíos sirven en el Batallón Azov. Uno de los más destacados es Natan Khazin, líder de los Cien judíos durante el Euromaidán y, desde 2016, asesor del jefe del estado mayor del ejército ucraniano.



En esta línea, en Israel se ha informado (Spritzer, 2022) que “tomando las armas para defender sus hogares junto a sus compatriotas, muchos voluntarios judíos rechazan [...] que Ucrania es un semillero de antisemitismo”. También Konstantyn Batozsky, judío del este de Ucrania fue asesor del gobernador de Donetsk, Serhiy Taruta, que ayudó a financiar el Azov. El periódico israelí explica que “puede parecer desconcertante [...] que los judíos adopten el nacionalismo ucraniano” ya que “la historia de antisemitismo de Ucrania va mucho más allá de los pogromos. En sus esfuerzos por exterminar a los judíos, los ucranianos ayudaron significativamente a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, según varios historiadores”. Sergiy Petukhov, ex viceministro de Integración Europea de Ucrania, nativo de Donetsk, que se presenta como un ucraniano con ascendencia judía, dijo que sabe:

que es difícil de entender para los judíos en el extranjero, pero estas acciones tienen la intención de ser antirrusas, no antijudías [...]. Y cuando se trata de quienes apoyan la soberanía y la cultura de Ucrania, esto es realmente un elemento pequeño.

Según Spritzer (2022), Batozsky, “que trabajó en estrecha colaboración con el Batallón Azov durante el conflicto de 2014-15 [...] como consultor político en Donetsk”, devalúa su neonazismo diciendo que:

eran hooligans del fútbol y querían llamar la atención, así que sí, me sorprendió cuando vi a tipos con tatuajes de esvástica [...]. Pero [...] no tienen ideología antijudía. [...] Daniel Kovzhun, un judío de Kyiv que estuvo a cargo de la logística durante la guerra en Donetsk para las unidades paramilitares, describió una experiencia similar. ‘Había judíos ortodoxos en Azov’, dijo.

Sin embargo, incluso suponiendo que no existiese el antisemitismo denunciado, no debemos perder de vista la islamofobia, puesto que “la guardia nacional de Ucrania tuiteó un video que muestra a combatientes de Azov cubriendo sus balas con grasa de cerdo para usarlas supuestamente contra musulmanes chechenos, aliados de Rusia, desplegados en su país”. Lo cierto es que, a pesar de que hayan “negado adherirse a la ideología nazi en su conjunto”, “los símbolos nazis como la esvástica y las insignias de las SS abundan en los uniformes y cuerpos de los miembros de Azov” aunque, en 2015, Andriy Diachenko, su portavoz, defendiera que solo “entre el 10 y el 20 por ciento de los reclutas de Azov eran nazis” (Al Jazeera, 2022), “en su mayoría [...] voluntarios de organizaciones y partidos de extrema derecha como Pravy Sector, Svoboda y otras organizaciones”, además de haber “sido acusado de reclutar a supremacistas blancos” (Morales, 2022). Por esto, es significativo que sean pocos los medios que han difundido el estudio de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) donde se afirma que, en 2020, “el 40% de las fuerzas militares de Ucrania (un total de 102.000 miembros) eran milicias paramilitares de extrema derecha, armadas, financiadas y entrenadas por Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Francia y Suiza, con miembros de diecinueve nacionalidades” (Sousa, 2022b).

Quizá sea esa realidad la que ha llevado a muchos, siguiendo a Lister (2022), a intentar distinguir entre “las alas militar y política del movimiento Azov” que se habrían separado “formalmente en 2016, cuando se fundó el partido de ultraderecha Cuerpo Nacional”. Sin embargo, el batallón Azov, “tiene un historial de inclinaciones

neonazi, que no desapareció del todo una vez que se integró al Ejército de Ucrania”. Por entonces, “en medio de los debates en el Congreso de Estados Unidos por la designación del Movimiento Azov como una organización terrorista extranjera, el entonces ministro de Interior Arsen Avakov salió en defensa de la unidad” sosteniendo que existía una “vergonzosa campaña de información sobre la supuesta propagación de la ideología nazi (entre los miembros de Azov)”. Para él, esto era “un intento deliberado de desacreditar a la unidad ‘Azov’ y a la Guardia Nacional de Ucrania”. En esta línea, Alexander Ritzman, del Counter Extremism Project (CEP), ha defendido que, al incorporarse el batallón a la Guardia Nacional, los “combatientes con motivaciones políticas como Biletsky se marcharon y fundaron el movimiento Azov para poder hacer su trabajo ultranacionalista y de ultraderecha, que no se les permitía hacer en el Ejército de Ucrania”. Pero también “afirma que el elemento de ultraderecha en el Ejército de Ucrania no es diferente de lo que se ha detectado en otros ejércitos, como en Alemania y Estados Unidos”. De acuerdo con Lister (2022), sin embargo, “el regimiento sigue utilizando el símbolo del Wolfsangel, y los líderes del movimiento Azov, que solían ser comandantes en la unidad, siguen visitándolo, dijo Oleksiy Kuzmenko, un periodista de investigación ucraniano-estadounidense centrado en la ultraderecha ucraniana”, quien señala, además:

que a partir de 2021, el regimiento estaba ‘involucrado activamente en la formación de los líderes juveniles del movimiento [Azov]’, y su sitio web tiene un enlace al canal de YouTube del movimiento. ‘La inacción de Ucrania y (de) Occidente en estos temas allanó el camino para que Putin los convirtiera literalmente en armas contra

Ucrania en un intento de justificar su agresión’ [...]. ‘Si bien es correcto señalar que la ultraderecha ucraniana tiene un apoyo electoral mínimo, ellos (Azov) han gozado de casi impunidad por la violencia dirigida a las minorías, no fueron controlados en sus esfuerzos por construir influencia en las fuerzas militares y de seguridad, y han sido normalizados por los altos líderes de Ucrania’ (Lister, 2022).

Por ello, es necesario destacar, que, frente al argumento comparativo de la existencia de fascistas en los distintos ejércitos europeos, el Estado ucraniano es el único del mundo que, en la actualidad, ha integrado en su Ejército a un grupo paramilitar filonazi o, como mínimo, a paramilitares neonazis que lo eran en el momento de hacerlo. Y no solo el ahora regimiento Azov:

también hay otros grupos considerados de extrema derecha por los expertos, como el Partido Svoboda, el C-14 y el Pravyi Sektor (Sector Derecha), que han creado sus propias milicias armadas, muchas de las cuales se han sumado a las fuerzas regulares ucranianas. En los últimos años, antes del presente conflicto en Ucrania, la BBC ha informado sobre cómo estos grupos han tomado un papel cada vez más importante en la vida cotidiana de los ucranianos, aprovechando los vacíos de poder dejados por otras instituciones, como la policía. En 2017, la BBC mostró a las milicias de extrema derecha asaltando establecimientos de juego y atacando a enemigos políticos con la connivencia de los gobiernos (BBC News, 2022).

Más aún, el Azov, “unidad de infantería, integrada en la Guardia Nacional de Ucrania” [...] vinculado a la extrema derecha”, creó, en 2017, “una nueva facción callejera conocida como Milicia Nacional, encargada de patrullar los



vecindarios en pequeños grupos para promover la ley y el orden” (LA RAZÓN, 2022) y, aún más, el subcomandante del Batallón Azov, Vadim Troyan, “fue nombrado jefe de policía del distrito de Kiev por el ministro del Interior Arsen Avakov, el mismo que, el 13 de abril de 2014, autorizó por decreto ministerial la creación de nuevas fuerzas paramilitares”. Así, justificado por el marchamo legitimador de ser una “unidad de la Guardia Nacional, el ahora regimiento Azov ha recibido entrenamiento por parte de [...] países miembros de la OTAN” (Morales, 2022) y de Israel.

Todo lo anterior se ha de considerar cuando sopesemos el otro tipo de respuesta que se da a los “interrogantes incómodos” sobre la colaboración con neonazis, la que defiende (Hernández y Vadillo, 2022) que “la brutalidad empleada por estos grupos en la guerra hay que tenerla en cuenta”, pero que deberíamos relativizarla, omitiendo su institucionalización por el Estado, pues la fuerza electoral:

de los grupos neofascistas y ultraderechistas son infinitamente mayores en países occidentales que en Ucrania. En España se contabilizan hasta 54 diputados de extrema-derecha, en Francia Le Pen lleva años optando a la presidencia de la República y su partido controla alcaldías importantes del país o en Hungría o Polonia forman parte del gobierno.

Parece ser que lo único que debería importarnos es que Ucrania no está “controlada por nazis o fascistas, a pesar del crecimiento de grupos ultranacionalistas y fascistas en los últimos años, un problema global que no es exclusivo de Ucrania” (Sanches, 2022). Pero la brutalidad, aunque sea ejercida por una minoría, siempre ha de ser destacada, porque casi siempre es ejercida por una minoría y eso no ha impedido nunca que

pueda llegar a tener un impacto masivo. En 2014, Newsweek informaba (Sharkov, 2014) que:

grupos de nacionalistas ucranianos de derecha” estaban “cometiendo crímenes de guerra en los territorios controlados por los rebeldes en el este de Ucrania, según un informe de Amnistía Internacional [...]. Voluntarios armados que se refieren a sí mismos como el batallón Aidar [respaldado públicamente por Ihor Kolomoyskyi] ‘han estado involucrados en abusos generalizados, incluidos secuestros, detenciones ilegales, malos tratos, robos, extorsiones y posibles ejecuciones’, dijo Amnistía. La organización también ha publicado un informe que detalla supuestas atrocidades similares cometidas por militantes prorrusos. [...] [En el caso de Ucrania, habría] más de 30 batallones de voluntarios pronacionalistas similares a Aidar, [...] todos financiados por inversores privados.

Un informe de 2016 de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OCHA) también acusó al regimiento Azov “de violar el derecho internacional humanitario. [...] Desplazó a los residentes después de saquear propiedades civiles. [...] violar y torturar a los detenidos en” el Donbás (Al Jazeera, 2022), mientras que, por otro lado, el informe de la OSCE “concluía que el Batallón Azov era responsable de matanzas de prisioneros, creación de fosas comunes para ocultar los cuerpos y el uso sistemático de técnicas de tortura” (Albert, 2022).). Para rtve (2022a), sin embargo, el Alto Comisionado solo hablaría de “supuestos abusos”. Lo que no parece ser una suposición es que el “grupo neonazi ruso en el exilio Wotanjugend, contrario a Putin”, y que “difundió una versión en ruso del manifiesto del tirador de Christchurch (que asesinó a más de 50



personas en 2019)” (Roussinos, 2022), ha encontrado refugio en Ucrania.

Si, desde 2014, los “abusos” se han podido ver reducidos, que no desaparecido, puede deberse más a la denuncia de estos que, desde luego, a su omisión o infravaloración en base a mixtificaciones maniqueas o, al menos, ingenuas. Estas, tienen más utilidad para la conveniente invocación a cerrar filas que para reflexionar sobre la realidad que a la ciudadanía nos toca vivir. En nuestra mano está hacerlo con mayor comprensión y, por ello, con mayores garantías de intervención sobre la misma o, por el contrario, dejarnos llevar por la tentadora corriente cuando esta nos arroya. Si optamos por lo primero, leer, por ejemplo, a Carlos Taibo será un ejercicio revelador.



REFERENCIAS

- Albert, J. F. (2022, marzo 19). Así es el Batallón Azov, el peligroso regimiento neonazi del ejército ucraniano. Al Descubierto. <https://aldescubierto.org/2022/03/19/batallon-azov-regimiento-neonazi-ejercito-ucraniano/>
- Albert, J. F. (2022, abril 1). Putin y Vox: las redes que les unen y la resistencia interna a condenarle. Al Descubierto. <https://aldescubierto.org/2022/04/01/putin-y-vox-alianzas-internacionales/>
- Así es el batallón Azov, el grupo paramilitar nazi integrado en el Ejército de Ucrania (2022, marzo 14). Público. <https://www.publico.es/internacional/batallon-azov-grupo-paramilitar-nazi-integrado-ejercito-ucrania.html#analytics-noticia:contenido-enlace>
- Aunoble, É. (2022, abril). Choque de memorias en tierras ucranianas. Le Monde Diplomatique. <https://mondiplo.com/choque-de-memorias-en-tierras-ucranianas>
- Barro, A. (2019, diciembre 22). Estuve en la guerra de Ucrania y conocí casos como el de Roman Zozulya. El Confidencial. https://blogs.elconfidencial.com/mundo/tribuna-internacional/2019-12-22/zozulya-guerra-ucrania-estuve-casos_2386808/
- Bennetts, M. (2018, marzo 13). Ukraine's National Militia: 'We're not neo-Nazis, we just want to make our country better'. The Guardian. <https://www.theguardian.com/world/2018/mar/13/ukraine-far-right-national-militia-takes-law-into-own-hands-neo-nazi-links>
- Fernández, A. (2022, abril 12. Última actualización 2022, abril 13). Quién es Andriy Biletsky, el fundador del Batallón Azov y bestia negra de Putin. LA RAZÓN. <https://www.larazon.es/internacional/20220412/jfkig4w2uzcnlg2swbon5fvqfu.html>
- Hernández, F. y Vadillo, J. (2022, marzo 7). Un nuevo zar para Rusia. El Salto. <https://www.elsaltodiario.com/guerra-en-ucrania/putin-nuevo-zar-rusia>
- Juste, A. (2022, enero 28). La crisis de Ucrania: el paraíso de las milicias neonazis. Al Descubierto. <https://aldescubierto.org/2022/01/28/la-crisis-de-ucrania-el-paraiso-de-las-milicias-neonazis/>
- Lister, T. (2022, marzo 29). Un batallón de ultraderecha juega un papel fundamental en la resistencia de Ucrania. Sus vínculos neonazis le dan argumentos a Putin. CNN Español. <https://cnnespanol.cnn.com/2022/03/29/batallon-azov-ultraderecha-ucrania-orix/>
- Molinero, C. (2020, noviembre 16). This Neo-Nazi Group Is Organizing On Facebook Despite A Year-Old Ban. BuzzFeed News. <https://www.buzzfeednews.com/article/christopherm51/neo-nazi-group-facebook>
- Morales, G. (2022, febrero 7). El batallón Azov: ¿fascismo en Ucrania?. El Debate. <https://www.eldebate.com/internacional/20220207/batallon-azov-fascismo-ucrania.html>
- Qué es el Batallón Azov, la unidad extremista ucraniana en el punto de mira de los rusos



- (2022, marzo23). rtve. <https://www.rtve.es/noticias/20220323/explicamos-batallon-azov-unidad-origen-neonazi-defensa-ucrania/2321531.shtml>
- Roussinos, A. (2022, marzo 15). Ucrania (IX). La verdad sobre la extrema derecha ucraniana. Conversación sobre la historia. <https://conversacionsobrehistoria.info/2022/04/01/ucrania-ix-la-verdad-sobre-la-extrema-derecha-ucraniana/>
- Rusia y Ucrania: cuál es la influencia del neonazismo y la extrema derecha en ambos países (2022, marzo 25). BBC News. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-60870477>
- Sanches, M. (2022, febrero 26). Rusia y Ucrania: ¿Desnazificar Ucrania?: la historia detrás de la justificación de Putin para invadir Ucrania. BBC News. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-60524958>
- Sharkov, D. (2014, septiembre 10). Ukrainian Nationalist Volunteers Committing 'ISIS-Style' War Crimes. Newsweek. <https://www.newsweek.com/evidence-war-crimes-committed-ukrainian-nationalist-volunteers-grows-269604>
- Sousa, B. (2022, marzo 5). ¿Todavía es posible pensar con complejidad?. Público. <https://blogs.publico.es/espejos-extranos/2022/03/05/todavia-es-posible-pensar-con-complejidad/#analytics-tag:listado>
- Sousa, B. (2022, abril 23). La inconveniente complejidad. Público. <https://blogs.publico.es/espejos-extranos/2022/04/23/la-inconveniente-complejidad/>
- Spritzer, D. (2022, marzo 6). The Times of Israel. Ukrainian Jews push back against Putin's 'neo-Nazi' claim as they gear up for battle. <https://www.timesofisrael.com/ukrainian-jews-push-back-against-putins-neo-nazi-claim-as-they-gear-up-for-battle/>
- Taibo, C. (2022). Rusia frente a Ucrania: Imperios, pueblos, energía (7.ª ed.). La Catarata.
- Un propagandista de Putin aterriza en la nueva Ejecutiva de Ayuso (2022, mayo 26). elDiario.es. https://www.eldiario.es/catalunya/politica/propagandista-putin-ateriza-nueva-ejecutiva-ayuso_1_9022493.html
- Who are Ukraine's far-right Azov regiment? (2022, marzo 1). Al Jazeera. <https://www.aljazeera.com/news/2022/3/1/who-are-the-azov-regiment>
- Zamarrón, J. y Ruiz, I. (2022, febrero 17). Yo estuve en Ucrania, y te están mintiendo. El Salto. <https://www.elsaltodiario.com/opinion/estuve-ucrania-estan-mintiendo>
- Zelenski y la alargada sombra del oligarca Igor Kolomoisky, ¿quién es? (2022, abril 7). rtve. <https://www.rtve.es/television/20220407/quien-igor-kolomoisky-sombra-alargada-zelenski-ucrania/2328825.shtml>